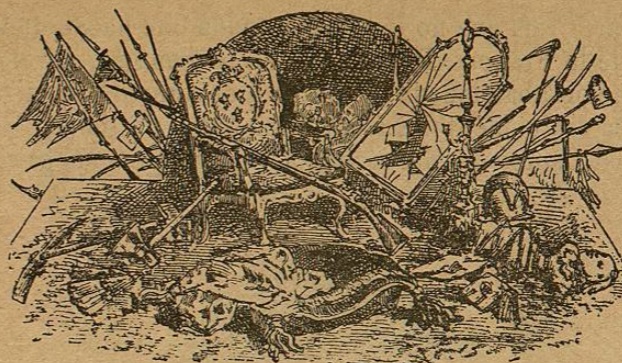


notable memoria sobre el estado real de nuestras fuerzas militares. Aquella memoria estaba en parte dirigida contra Servan, el último ministro. Sin embargo, no habiendo estado Servan más que quince días en el poder, era más bien contra Grave, y aun mejor contra Narbonne, su predecesor, contra quien se dirigían los reproches.

El valor de Dumouriez y su buen continente, le realzaron mucho. Sin embargo, no tenía más que un medio para durar, el obtener del rey la sanción de los decretos.

Se había comprometido horriblemente, casi perdido, contando con aquella esperanza. Pero precisamente porque la corte lo creía así, no se preocupaba de disculparle. Los Fuldenses habían dicho á Dumouriez que no tenía más que un camino, echarse en sus brazos firmando la negativa de sanción, y que á ese precio le reconciliarían con Lafayette, que llegaba expresamente para perseguirle. De este modo le creían cogido sin remisión y preso en sus redes. El rey le habló con el tono imperativo y majestuoso del rey antes del 89, ordenándole á él y á sus colegas que autorizaran con sus rúbricas y sellos *el veto*.—Al otro día, Dumouriez y sus colegas presentaron sus dimisiones.—El rey estaba muy agitado. «Las acepto» dijo con aire sombrío. Su doblez no había producido ningún resultado. El intrigante más intrépido no podía continuar. La corte se hallaba al descubierto, desenmascarada ante el pueblo.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## CAPITULO V

### El 20 de Junio.—Invasión de las Tullerías, el rey amenazado.

Peligro de la anarquía —Peligro de un golpe de Estado.—Lafayette escribe al rey que resista (16 de Junio del 92).—Indecisión, variación de la Asamblea.—¿Quién preparó el 20 de Junio? Parte que en él pudo tener Danton.—Discurso de un hombre del pueblo.—Robespierre contrario al movimiento.—Conciliábulo en casa de Santerre.—La Asamblea parece que autoriza el movimiento.—Marcha inofensiva del pueblo.—Los directores le obligan á forzar las puertas del palacio.—El rey sorprendido y amenazado.—Su fe y su valor.—Como divierte al pueblo.—Valerosa fiereza de la reina.—Petion en las Tullerías.—Última resistencia del rey.—El pueblo se cansa y se retira.

Las dos fuerzas enemigas, la revolución y la corte, se hallaban dispuestas á chocar, frente á frente.

El rey, al usar del *veto*, su arma constitucional, al aceptar las dimisiones de los ministros de la mayoría, había hecho salir el poder de las manos de la Asamblea. La Asamblea era el único poder reconocido en Francia; lo que la podían quitar no volvía al rey. Resultaba, pues, la destrucción del poder y el advenimiento de la anarquía.

Surgía en todas partes por la nulidad y la inercia de las autoridades, aun las más populares y nacidas de la elección. Un estado de división, de dispersión horrible se iniciaba por doquiera. Ninguna acción del centro á las extremidades que uniese las partes al todo. Y en cada una de las partes la división iba subdividiéndose. El gobierno revolucionario que va á empezar y que con frecuencia es llamado el entronizamiento de la anarquía, resultó, por el contrario, el medio violento, horrible; pero al cabo el único medio de que la Francia se librase de ella.

Aquella disolución se verificaba en presencia del peligro que hubiera exigido la concentración más fuerte, ante una crisis de esas en que todo ser, en peligro de muerte, se estrecha y se recoge, buscando su unidad más fuerte.

El enemigo estaba allí enfrente, y vencedor ya, parecía que no se

dignaba entrar. Creía que no le quedaba nada que hacer, dado el lamentable estado de la Francia. Permanecía en la frontera, mirando con desprecio una nación abandonada, próxima á devorarse á sí misma.

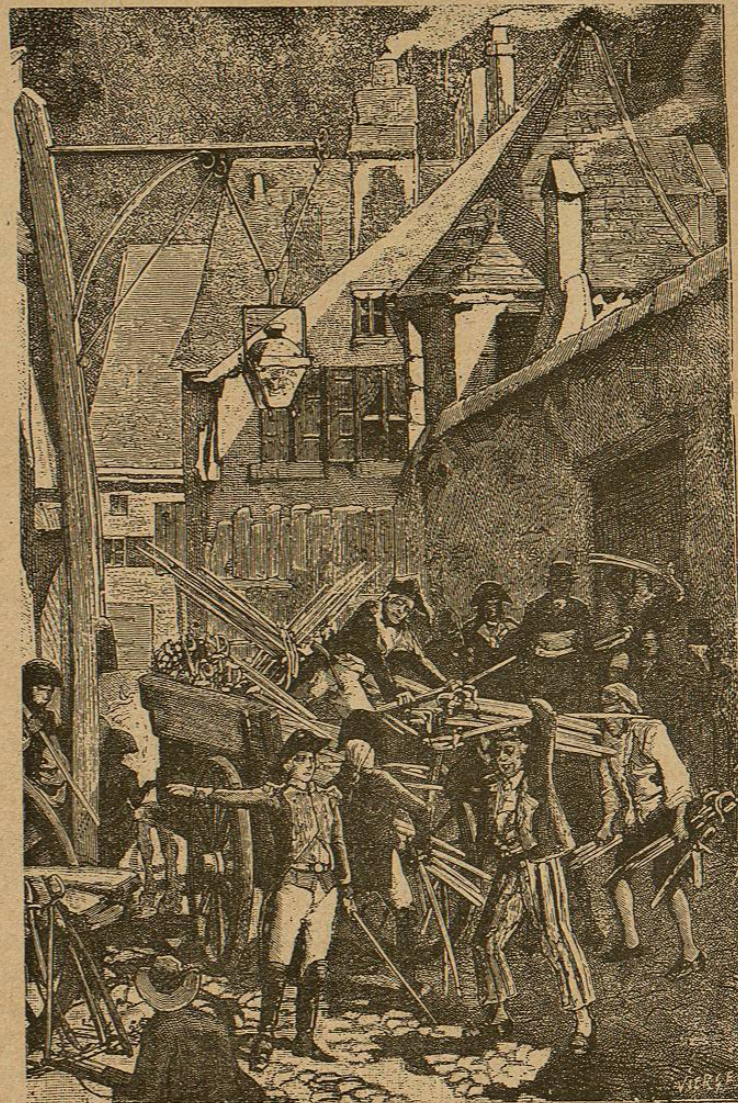
Una cosa era evidente. La corte iba á dar un golpe. El asunto de Nancy y el del Campo de Marte iban á reproducirse en grande escala.



MADAMA ROLAND

Esta vez los realistas parecían dispuestos á dar la mano á los Fuldenses, á los realistas constitucionales. Comenzaban á lamentar la enorme y monstruosa falta que cometieron á fines del 91, sacrificando á los Fuldenses y á Lafayette, ayudando á los mismos Jacobinos, dándoles fuerzas contra sus encarnizados enemigos; ¿realistas y realistas constitucionales si se unían un momento, constituirían un partido inmenso, bas-

tante fuerte para vencer? No se sabía; pero con seguridad sería bastante fuerte para comenzar en toda Francia una espantosa guerra civil.



Un pedido de seis mil armas blancas que fué sorprendido. . (Pág. 176)

Las primeras medidas que hubiesen tenido que tomar habrían sido terribles. La supresión del derecho de reunión; la supresión de los clubs, sin el acuerdo de la Asamblea, por orden de una autoridad inferior; la

imposición á la Asamblea de una fuerza militar, de la insurrección armada.

Bien mirado la tentativa no era imposible; únicamente se hubiera necesitado una decisión muy viva, un acto fuerte y homogéneo. La gran fuerza militar de París, las sesenta mil bayonetas de la guardia nacional estaba extremadamente dividida; una buena parte inerte; aun en la parte activa había mucha irresolución. Siendo esto así la corte era dueña ciertamente de la fuerza, teniendo los cinco ó seis mil espadachines, tiradores, nobles y guardia constitucional que realmente no había licenciado y por otra parte la guardia suiza, tropa escogida y fiel, compuesta de tres batallones de mil seiscientos hombres cada uno. Era poco para contener á París, bastante para un golpe de fuerza, para apoderarse por ejemplo, en el mismo día y en la misma hora de los cañones de las secciones, cerrar los Jacobinos, apoderarse de todos los directores, alistar en la guardia nacional á todos los realistas y recibir en París la caballería de Lafayette que en tres días llegaría de los Ardennes á marchas forzadas.

La dificultad era la ausencia de decisión, la falta de unidad de espíritu. Los realistas hubieran dado sin vacilación un golpe seco y asesino; los Fuldenses y los Fayetteístas habrían obrado á medias, temiendo después de la anarquía matar la libertad. La corte, que conocía demasiado los escrúpulos de aquel partido, dudaba en utilizarlo. Le dejaba hablar, le mostraba como espantajo, no deseaba muy sinceramente que obrase. Triunfar gracias á Lafayette hubiera sido para la reina una amarga derrota. Hubiera pensado entonces que la revolución, moderada, tenía probabilidades de durar, mientras que se hacía la ilusión de creer que los Jacobinos, después de todo, tendrían, á causa de su mismo furor, el mérito de cansar á la Francia, impulsando la revolución á su término, agotando la fatalidad.

El 12 de Junio comenzó el ataque el Directorio de París por una carta á Roland, ministro del Interior. Invocaba las leyes que podían autorizar el cierre de los Jacobinos.

El 16 de Junio, desde el campamento de Maubeuge, enterado Lafayette de la destitución de los tres ministros girondinos y de la actitud de Dumouriez, adoptó la resolución decisiva de escribir á la Asamblea una carta severa, violenta y amenazadora, como la que hubiera podido escribir César al Senado de Roma, al regreso de Farsalia. Empezaba con una reproducción de la carta del Directorio de París contra los Jacobinos. Luego seguían consejos á la Asamblea, ó mejor dicho condiciones impuestas con la espada en la mano; la condición de que se respetase la monarquía, la libertad religiosa, etc.; una comparación extraña entre París y el ejército, uno tan loco, otro tan prudente: «Aquí son respetadas las leyes, la propiedad sagrada, aquí son desconocidas las calumnias, las facciones, etc., etc.» Una frase muy grave y censurable para aumentar el descontento del ejército y afilar la espada de la insu-

rección: «El valeroso y perseverante patriotismo de un ejército, *sacrificado* quizás á combinaciones contra su jefe.»

Y temiendo que esta carta no fuese bastante clara, envió otra al rey para animarle á la resistencia contra la Asamblea: «*Persistid, señor*, fuerte con la autoridad que os ha delegado la voluntad nacional... Encontraréis á todos los buenos franceses agrupados alrededor de vuestro trono, etc., etc.»

Nada puede igualar á la estupefacción de la Asamblea cuando leyó aquel documento sorprendente. Pero el efecto que produjo fué aun más inesperado.

La Asamblea se había cobijado hasta entonces bajo la bandera de la Gironda. La audacia de Lafayette cambió todo esto de pronto. Después de un momento de silencio se oyeron aplausos, mucho más numerosos de lo que podía esperarse de los doscientos cincuenta Fuldenses; una gran masa de indecisos resultó que cambió de opinión. Bien se conoció en la votación. Una mayoría enorme acordó que se *imprimiera*.

Faltaba votar la segunda cuestión, el *envío á los departamentos*. Si ocurría semejante cosa, estaba perdida la Gironda, la Asamblea era fayettista, la Francia pertenecía á los Fuldenses.

Indudablemente el partido que trataba de eludir la cuestión pasando á la orden del día estaba en minoría.

Vergniaud pidió la palabra y planteó muy bien la cuestión. No se trataba de consejos dirigidos á la Asamblea, en forma de petición, por un simple ciudadano, sino por un general del ejército al frente de sus tropas. ¿Y los consejos de un general que otra cosa son más que leyes que impone?

Aquellas palabras tan sensatas no producían efecto. Admírese el ingenio de los diputados. Por sorpresa, valiéndose de un pretexto cogido al vuelo, por una aserción evidentemente sin fundamento, Guadet hizo que vacilasen los indecisos y comenzó á impulsar la opinión en sentido contrario: «¿La carta es realmente de Lafayette? No, es imposible. Si la firma es la suya, es que la envió en blanco y se ha escrito aquí. Habla el 16 de Junio de la dimisión de Dumouriez, cuando aun no la había presentado y no podía por consiguiente conocerla.»

Esto contuvo á la Asamblea. Pero no hay ni una sola palabra en la carta de Lafayette que indique su conocimiento de la dimisión de Dumouriez.

Entonces Guadet, echándolo todo á barato, consigue distraer la atención, lanza una frase provocativa que ocasiona una discusión, aplaza la votación y consigue ganar tiempo: «Cuando Cronwell osaba hablar de esa manera...» (*Grandes gritos.*) «¡Eso es abominable! etc., etc.»

El tumulto va en aumento. Pasada la primera impresión, la Asamblea, sin darse cuenta de ello, vuelve á ser lo que era. Bajo la influencia de la Gironda vota que la carta vuelva á examen de la comisión de los

doce y en cuanto á la proposición de que sea enviada á los departamentos, *que no ha lugar á deliberar*.

La Gironda que había visto el precipicio tan cerca, no tranquilizada pero si advertida, consintió desde entonces, según todos los indicios, en la idea de un nuevo 6 de Octubre, que fué el 20 de Junio.

El 20 de Junio y el 10 de Agosto, fueron remedios extremos sin los cuales la Francia perecía de seguro.

El 20 de Junio la salvó de Lafayette y de los Fuldenses que ciegos y engañados, iban á herir á la Revolución á la cual amaban, y realzar, sin querer, el poder absoluto.

El 10 de Agosto, derribando el trono, quitó á la invasión el puesto que en medio de nosotros tenía, su fuerte de las Tullerías, que ya ocupaba. De haberlo conservado toda la existencia nacional se hacía imposible.

El 20 de Junio advirtió al incorregible rey del antiguo régimen, al rey de los clérigos.

El 10 de Agosto derribó al amigo del extranjero, al amigo del enemigo.

No son estos actos accidentales, artificiales, resultado de las simples maquinaciones de un partido. Desde el principio de estelibro, al marcar el primer arranque de la guerra, hemos visto venir de lejos estos dos grandes acontecimientos de la guerra interior, que le dejan á la Francia libre los brazos y la permiten hacer frente al enemigo de fuera, á la Europa conjurada. Cuando llegó el momento el buen sentido del pueblo, el instinto de conservación, la necesidad de la situación, decidieron de pronto el suceso.

Las influencias individuales pesaron poco el 20 de Junio, pero aun pesaron menos, á nuestro entender el 10 de Agosto. En la primera conmoción todavía pudieron influir algo los hombres; pero una vez dado el impulso, habiendo tomado su necesario curso el terrible *crescendo* de la cólera nacional, llegó el 10 de Agosto, fatal, rápido, en línea recta, disparado como una bala.

No hay que exagerar la parte escasa que pudo haber tenido el duque de Orleans en el 20 de Junio. ¿Estuvo mezclado en el su hombre, Sillery? Así se ha dicho; y en mi concepto con error. ¿Corrió su dinero? No es inverosímil. Acababa el duque de hacer un ensayo de aproximación á la corte y había sido rechazado, insultado. Puede ser que Sattere y algunos otros cabezas de motín se gastasen algún dinero en bebidas y en víveres en los figones que como siempre fueron los focos de la insurrección.

También se ha tenido la idea de que Marat y Robespierre habían concurrido á los conciliábulos preparatorios de la insurrección. Pero en primer lugar, fuera del 31 de Mayo, nunca estos dos hombres procedieron unidos. Marat estimaba y despreciaba á Robespierre como un parlanchín, un pobre hombre, muy lejos de la altura de audacia que carac-

teriza al grande hombre de estado, y sin comprender una palabra de los dos remedios heroicos: la cuerda y el puñal.

Desde luego Marat no intervino en el 20 de Junio. No se descubre allí su mano sanguinaria. Robespierre no sólo no ayudó, si no que fué totalmente opuesto, pues no era partidario de estos grandes movimientos. Era un hombre hecho de una sola pieza y no había que sacarle de su táctica jacobina, ni de sus costumbres. Acicalado, rizado, empolvado, era incapaz de comprometer en aquellas asonadas y ni aun en la ruda sociedad que las producía, la economía de su persona.

Ni la Gironda, ni los Jacobinos, intervinieron.

La primera ayudó con sus votos. Petion con su connivencia y aun algo menos de lo que se ha dicho.

Los Jacobinos se hallaban muy divididos: la gran mayoría era, como Robespierre, contraria al movimiento.

Esta división de los Jacobinos era quizás el mayor obstáculo. El movimiento natural y espontáneo del pueblo estaba por ello comprometido, pues era natural que vacilase ante la incertidumbre de la gran sociedad y ante la enorme autoridad de Robespierre. Allí se notaba la necesidad de una intervención individual del arte y del genio, para que entre tales obstáculos no abortase el movimiento, sino que siguiese su curso natural, y para que el alma del pueblo no permaneciese muda y comprimida por respeto á sus falsos sabios.

No se había olvidado la célebre frase de Vergniaud: «muchas veces ha salido el terror de este funesto palacio: que entre ahora en él, en nombre de la ley...» Vergniaud lo dijo, pero si alguien lo hizo, ó por lo menos contribuyó á hacerlo, no fué en mi concepto otro sino Danton. Entre todos los hombres de la Revolución él fué quien tuvo el verdadero genio práctico de ella, la fuerza y la sustancia, la que le caracterizó fundamentalmente: ¿el qué? La acción, como ha dicho no sé quien. ¿Qué más? La acción. Y como tercer elemento, la acción.

Hasta aquí le hemos visto reservándose siempre hábilmente, hacer en los momentos difíciles el maravilloso juego de encontrarse el más enérgico sin tomar no obstante ninguna iniciativa temeraria. En los clubs, enfrente de la táctica y la desconfianza jacobina, y aun en los Franciscanos donde él se encontraba, por decirlo así, en su casa, aventuraba poco, no tenía confianza completa, contenía la mayor parte de su audacia; había allí poco espacio, no respiraba lo bastante; las más extensas naves eran insuficientes para su voz, faltábale aire á su anchuroso pecho. Necesitaba ese club, ese salón, esa bóveda que se extiende desde la Barrera del Trono á la Gréve, y desde allí á las Tullerías, y para hacer acompañamiento á su voz, el cañón, el toque de rebato.

Cosa graciosa; la reina había sido quien le había colocado en el Hotel de Ville. Ya hemos dicho que ella fué quien, en odio á Lafayette, hizo que los realistas votasen á Petion, cuando las elecciones municipales: el triunfo de éste produjo como consecuencia el de Manuel y Dan-